

LOS JUGUETES ROTOS ACABAN SIEMPRE EN UNA BOLSA DE BASURA.(Capítulo 12)

Autor: hemyl21

Categoría: Intriga / suspense

Publicado el: 26/02/2016

En el interior, las voces, el vaivén del personal y el sonido característico de los dedos percutiendo sobre el teclado de los ordenadores, se entremezclaban formando el típico rumor que identifica a cualquier oficina en horas de trabajo. Avanzó unos pasos hasta que una extraña sensación comenzó a adueñarse de su estómago. Se detuvo de nuevo. Pensó que, seguramente, eso sería lo más parecido a lo que siente un actor ante el inminente estreno de una obra de teatro.

Michelle salió de la salita de descanso con una bandeja de plástico negra decorada con la imagen de una geisha rodeada de plantas japonesas y cuatro grullas sobrevolando el cielo por encima de su cabeza. En ella llevaba una taza por cuyo borde colgaba la etiqueta comercial de alguna clase de infusión que se ocultaba en su interior. Una pequeña tetera con agua hirviendo, sacarina, y pastas variadas. Llamó su atención la presencia de un joven con el pelo mojado y desordenado, parado en la entrada de la oficina con aspecto de estar perdido.

Parecía un corderito. Tímido, frágil, como dejado sin previo aviso en medio de un prado solitario y desconocido para él. A Michelle nunca se le escapaba ni un mínimo detalle que rompiera con la hegemonía del paisaje de ese pequeño territorio, en el que se movía todos los días desde hacía cuatro años, y el muchacho, precisamente, no pasaba desapercibido. Recordó que esa mañana tenía que incorporarse un nuevo compañero.

Sometió al recién llegado a un rápido escaneo físico mientras iba acercándose hacia él para ofrecerle su ayuda. Bastante atractivo por cierto. Alto, cuerpo musculado, rubio.. Vestía un traje azul marino que, sin lugar a dudas era muy elegante, pero no parecía la ropa ideal para ejercer la profesión de policía. No le veía corriendo de una manera cómoda detrás de los delincuentes.

Michelle le sonrió abiertamente.

--¡Hola! Tú debes ser el “nuevo” si no me equivoco.

El joven frunció el ceño ante el adjetivo. De primeras le resultó ligeramente descalificativo viniendo de alguien que ni siquiera le conocía, pero viendo después la sonrisa limpia y acogedora en esos labios que formaban parte de un rostro tan angelical, estuvo seguro de que el adjetivo hacia su persona no tenía ni mucho menos el ánimo de ofender, simplemente, se ajustaba a la realidad.

Relajó el gesto y se rió.

--Me llamo Osvaldo Blanchard y... efectivamente, soy el “nuevo”.

--Disculpa por lo de “nuevo”... Sólo era una forma de hablar. Yo soy Michelle, secretaria personal del comisario Gálvez.

--Encantado.--extendió la mano para estrecharla con la suya, sin darse cuenta de que las tenía ocupadas sosteniendo la bandeja--. ¡Oh..! --sonrió, y la retiró rápidamente.

Ella también comenzó a reírse.

--Perdona que no te dé la mano. --acercó su rostro hacia él con la intención de sellar las presentaciones con un par de besos, y Osvaldo se inclinó gustoso para facilitar la operación--. Es el desayuno del comisario. --dijo mirando la bandeja--. Ahora está atendiendo una llamada, pero cuando acabe se ocupará de ti.

--Espero que no tenga en cuenta el retraso para crearse una imagen mía equivocada. Ya sabes, la lluvia..., las compras navideñas... Sé que es una excusa utilizada por todo el mundo de forma abusiva, pero en este caso, no hay otra. -- turbado, se encogió de hombros.

--¡Por Dios..! No tienes que dar explicaciones. Verás, aquí se trabaja sin estar encorsetado a unos horarios inflexibles, no es un cuartel. Por otra parte, el comisario Román es el hombre más comprensivo del mundo. Una gran persona, de veras. Es un compañero más. Tú espera en aquella salita del fondo. Puedes colgar la gabardina en el perchero para que se seque un poco y, si te apetece tomar algo caliente mientras te aviso, no dudes en hacerlo. Voy a llevar esto antes de que se enfríe. Ahora te veo.

Una Coca Cola más tarde, y el vistazo fugaz a tres revistas del gremio policial, Michelle abrió la puerta de la salita y dio vía libre a Osvaldo para ver al comisario.

Tragó saliva, se aclaró la garganta y llamó tímidamente a la puerta del comisario Román Gálvez.

--¡Pase! --gritó una voz ronca desde dentro.

Se entreabrió la puerta y apareció la cabeza de Osvaldo Blanchard.

--¿Se puede? --preguntó.

--¡Creo que acabo de decir que pase! --bramó el comisario. --¿Acaso hablo demasiado bajo para usted muchacho?!

--¡No señor! ¡Disculpe señor! Soy...

--¡Sé quién es, joder..! No ha entrado usted en un maldito gabinete de videntes chapuceros de esos que no dan ni una. Ha entrado en mi despacho. ¡Y yo... Si no se ha dado cuenta! ¡Yo! --lo pronunció con especial énfasis--. ¡Soy policía, el responsable de esta comisaría, y por cojones..., lo tengo que saber todo, ¡todo!, señor Blanchard. ¿Algún problema más? --miró a Osvaldo por encima de las gafas de cerca.

Era su particular manera de dar la bienvenida a los recién llegados. Su pequeña novatada.

--¡No señor..., ningún problema señor! Sólo pensaba que...

--Pensaba, pensaba... --le volvió a interrumpir--. ¡A pensar fuera de mi despacho, aquí sólo pienso yo! Ya tendrá tiempo suficiente para pensar.

Osvaldo recordó las palabras de Michelle: --“Es muy comprensivo, el más comprensivo del mundo. Un gran hombre. Como un compañero más.”-- ¿Estaría refiriéndose a la persona prepotente, dictadora e insoportable que tenía ahora mismo delante?

En ese momento entró alguien en el despacho, Osvaldo Blanchard se hizo a un lado dando un paso lateral y sin mover las manos de donde las había tenido desde el principio, en la espalda, agarrando con la derecha la muñeca de la izquierda, sudando el mal trago del momento.

--Buenos días. ¿Dando su particular bienvenida al chico? --saludó irónico el recién

llegado

--Señor Blanchard, el caballero maleducado que acaba de entrar sin ni siquiera llamar a la puerta, es el inspector Darío Segré. Inspector Segré, su nuevo y elegante compañero, el subinspector Osvaldo Blanchard. --hizo un esfuerzo por no sonreír, le hacía gracia el aspecto de “gentleman presumidillo” del joven.

Se estrecharon las manos. La de Osvaldo debió dar gracias por haber podido cambiar de postura y relajarse un instante.

--Mucho gusto inspector Segré.

--Encantado de conocerte Osvaldo, puedes llamarme Darío. --dijo éste sonriendo para distender y dar confianza al nuevo compañero. Notó el sudor en su mano.

Blanchard le devolvió la sonrisa y adoptó de nuevo la posición primitiva de descanso, con las manos a la espalda, mirando a Román Gálvez.

--¡Bien señores! A partir de ahora muchacho, péguese a este hombre como si fuera un chicle en su zapato. Quiero que sea su sombra, a ver si le enseña algo, aunque sea bueno. Ya son ustedes pareja. --acompañó la frase abriendo los brazos y esbozando una socarrona sonrisa--. ¡Hasta que la muerte les separe!

--¡Así lo haré señor! --confirmó militarmente Osvaldo.

El comisario se levantó.

**--¡Ahora..., a trabajar señores! --y cuando se daban la vuelta, añadió: ¡Ah..., Osvaldo..!
--el comisario se inclinó por encima de la mesa con el brazo extendido ofreciendo su mano para estrecharla con la del joven subinspector--. ¡Bienvenido..! Y ya puede quitarse ese traje hijo..., creo que le va a resultar incómodo.**

Publicado bajo licencia [Creative Commons BY-NC-ND](#)

Enlace original del relato: [ir al relato](#)

Otros relatos del mismo autor: [hemy121](#)

Más relatos de la categoría: [Intriga / suspense](#)

Muchos más relatos en: cortorelatos.com